

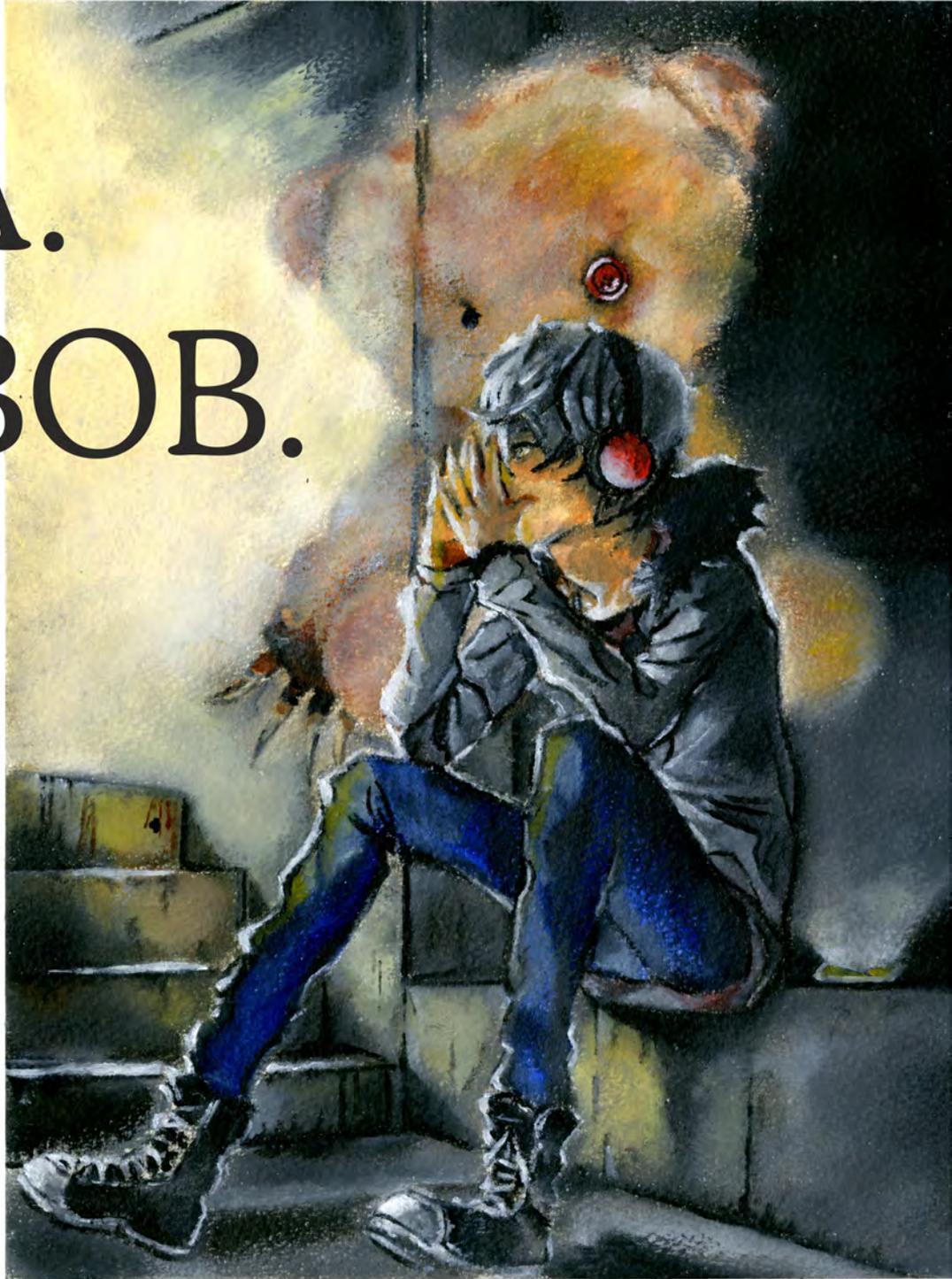
HOLA. SOY BOB.

Texto:

**Natividad
Poveda Vidal**

Ilustraciones:

**Álvaro
Pedraz Cuesta**



Relato Ganador

Segunda Edición Premio Manuel Berrocal Domínguez

HOLA. SOY BOB.

HOLA. SOY BOB.

Texto: Natividad Poveda Vidal

Ilustraciones: Álvaro Pedraz Cuesta

Relato Ganador

**Segunda Edición Premio Manuel Berrocal Domínguez
de Narrativa Juvenil**

Poveda Vidal, Natividad

Hola, soy Bob / texto, Natividad Poveda Vidal ; ilustraciones, Álvaro Pedraz Cuesta. -- [León] : Universidad de León, Área de Publicaciones, [2018].

38 p. : |bil. col. ; |c22 cm

Segunda Edición Premio Manuel Berrocal Domínguez de Narrativa Juvenil

ISBN 978-84-9773-924-5

I. Pedraz Cuesta, Álvaro. II. Título.

821.134.2-34"20"

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de esta publicación pueden reproducirse, registrarse o transmitirse, por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea electrónico, mecánico, fotoquímico, magnético o electroóptico, por fotocopia, grabación o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de los titulares del copyright.



© Universidad de León. Área de Publicaciones

© Los autores

Edita: UNIVERSIDAD DE LEÓN. Área de Publicaciones

Maquetación, diseño digital y tratamiento de imágenes: Juan L. Hernansanz Rubio.

ISBN: 978-84-9773-924-5

Depósito legal: LE-245-2018

Imprime: gráficas CELARAYN, S.A.

Impreso en España / *Printed in Spain*

EL PREMIO

El premio fue creado en 2016 por la familia de Manuel Berrocal con la intención de mantener vivo su recuerdo, fomentando la lectura y la creatividad literaria entre los jóvenes, siendo éste el único premio literario en el que chicos y chicas de 13-14 años forman el jurado que decidirá el texto ganador entre todos los recibidos que se ajusten a las bases.

AGRADECIMIENTOS

- A la **Universidad de León**: por poner a nuestra disposición sus instalaciones, por editar el texto que ahora tienes en tus manos y sobre todo, por confiar en nuestro proyecto, pues la voluntad de darle continuidad en el tiempo hace que este premio literario vaya creciendo cada año un poco más.
- A las **Bibliotecas Municipales de León**: por facilitarnos nuestra labor y brindarnos su apoyo sabiendo que siempre podemos contar con ellos.
- A los **Profesores**: por seleccionar a los alumnos y alumnas participantes que, además de ser buenos lectores, son responsables y comprometidos con la importancia de lo que se les confía; y por estar siempre a nuestro lado, y al de los jurados, de forma desinteresada y al margen de su actividad profesional.

- A los **Miembros del Jurado:**

Ellos y ellas son los verdaderos protagonistas de este premio y por ello queremos expresarles nuestro más sincero agradecimiento, porque además de todas las actividades que tienen que hacer durante el curso, se han prestado a formar parte de una más.

En esta segunda edición han participado **alumnos y alumnas de 2º de ESO** de los siguientes centros:

IES ERAS DE RENUEVA

Ángel Castaño Blanco

David Gil García

Luna Oliveros Castro

Mario Pereda Cotillas

Paula Rodríguez Laballós

Laura Santamaría Ortega

Raquel Sevilla Salto

Raúl Sevilla Salto

IES LANCIA

Dafne Álvarez Lagartos
Paula Castro García
Yraya Gutiérrez Gonçalves
Javier Llamazares Lorca
Karla Miñambres Baños
Sara Rodríguez de la Puente
Lucía Santos Terrado
Paula Viejo López

IES JUAN DEL ENZINA

Carla Alonso Casas
Sara Blanco López
Eva Briz Fernández
Alexia Gabriela Ilie
Andrea Flórez Otero
Silvia Martínez Fernández
Alberto Vallejo García



HOLA. SOY BOB.

9

Es un día como otro cualquiera. Sentado en el banco de la puerta del instituto está Alex. Un chico de unos 13 años. En lo alto de su cuerpo espigado, su negro cabello “despeinado” a la moda, se mueve ligeramente soplado por una suave brisa. Lleva unos vaqueros muy ajustados que le hacen parecer incluso más delgado de lo que es. Pegado a las manos lleva su móvil, forma parte de su vida, casi se diría que es una parte más de su cuerpo.

A su lado, haciéndole compañía, sin mediar palabra, su inseparable compañera durante el curso escolar; una mochila llena de libros, cuadernos y por supuesto, elemento indispensable para llevar el cargador del móvil.



Si quisieras saber el color de los ojos, no podrías, porque tiene la cabeza gacha. No separa su mirada de la pantalla del móvil, mientras, escucha a través de unos auriculares verdes, la música de su grupo favorito.

No mira a nadie, y nadie le mira.

Está absorto totalmente en el aparato.

De vez en cuando se le ve sonreír. Seguramente mantiene una conversación con algún amigo o conocido. Sus dedos se deslizan por el teclado con velocidad y precisión. Envía..., y en segundos recibe la respuesta.

“Bip-bip”. Suena en el teléfono. Lo que indica la llegada de un mensaje. Lo mira rápidamente esperando con entusiasmo que sea el mensaje de la persona con la que está hablando.

Lee en la pantalla: “Número desconocido. Hola. Soy Bob”.

No es alguien de los “chats” en los que está en este momento. Ni le suena de ninguna de las redes sociales en las que está. Y ni siquiera conoce a ningún Bob. Aun así, lleno de curiosidad abre el mensaje esperando encontrar algo interesante.

Se encuentra con la típica cadena de reenvío. De esas que te condicionan a volver a enviar el mismo mensaje a un montón de contactos, si no,



te llegará la mala suerte. Normalmente viene con descripción detallada de los pormenores de la mala suerte que ha recibido la persona que lo envía.

En este mensaje en particular aparecía un osito de peluche de color canela. Que dado su aspecto, sí que había pasado las de Caín. En algún momento de su existencia parecía haber sido bonito, incluso suave y mullido. Ahora, nada más lejos de la realidad. Llevaba varios parches por su cuerpo de tejidos totalmente dispares. Un ojo, que por lo visto había perdido, lo habían sustituido por un botón nada discreto de color rojo chillón cosido con poca gracia y tal vez con desesperación.

A continuación el mensaje detallaba:

«Hola, soy Bob.

He tenido mala suerte porque rompí una cadena que me enviaron. No quise hacer caso de las advertencias por mucho que me insistían, así que tuve que sufrir en mis carnes la maldición.

Perdí mi ojo, y ya ves, me tuve que coser el primer botón que encontré.

Como no veía bien, tropecé y perdí un brazo. Tuve que cogerle uno a otro muñeco de un niño del parque.

Como tenía un aspecto tan desastroso mi novia me dejó. Incluso mis padres me dijeron que ya era hora de que me largara de casa. Así, sin más...





HOLA. SOY BOB.

Subí en el autobús para ir a casa de mi abuelita, y me encontré en un vertedero; me subí en el camión de la basura por equivocación.

Envía este mensaje a 10 de tus contactos si quieres esquivar la racha de mala suerte. Si no los envías, prepárate para tener “un día de mala suerte con Bob”. Del que podrás sobrevivir sólo con mucha, mucha suerte».

A primera vista le parece una memez. ¿Quién va a creerse que un osito de peluche te dé mala suerte? Y la sarta de tonterías que dice... un peluche con novia... que lo han echado sus padres... casi da más risa que miedo.

Sin embargo siente la duda de si fuera verdad... y lo ignora... uff... no quiere ni pensar qué le podría pasar.

No es que Álex crea mucho en estas cosas. Pero siempre está bien ser prevenido. Así que lo envía a 10 de sus contactos sin prestar demasiada atención de los nombres. En realidad, le da igual. Solo quiere librarse de ello rápidamente.

En cuanto pulsa el botón de enviar, la música de sus cascos se enmudece instantáneamente. Y comienza a oír: bip-bip, bip-bip.... El sonido se repite como unas 10 veces.



Mira la pantalla de su teléfono móvil y ve que tiene 10 mensajes nuevos no leídos. ¡Vaya! Mira quién los envía... número desconocido... "Hola soy Bob" ... "Hola soy Bob" ... Así todos.

¡Es imposible! ¿Qué ha podido pasar?

Desde luego tiene claro que no se los ha enviado a sí mismo. Y es demasiado rápido para que las personas a las que se lo ha mandado se lo hayan devuelto. Normalmente este es uno de los inconvenientes de enviarlo, siempre hay alguien que te lo manda de nuevo. Intenta dejarlo pasar. Sigue mirando sus cosas en la pantalla sin hacer caso a los mensajes.

Bip-bip. "¡Ábrelo! ¡Has sido seleccionado!". Le llega otro mensaje al móvil.

Lo mira, y piensa en la posibilidad de recibir un premio. Esto hace que salte su curiosidad. Así que, abre el mensaje.

«Hola soy Bob.

Has sido seleccionado para vivir "un día de mala suerte con Bob".

Si logras sobrevivir se anulará el tormento. Pero si no logras romper la maldición, te perseguiré el resto de tus días.

Jojojo. ¡Feliz día de la maldición de Bob!».



Se pone nervioso. No puede contestar al que le ha enviado el SMS. No tiene su número, le aparece como “número desconocido”. Y en un acto reflejo contesta en voz alta diciéndole que ya lo ha enviado a 10 conocidos, que se deje de tonterías.

Y sorprendentemente recibe contestación en su móvil.

Bip-bip...

«Por eso pringado.

Creo que tienes tanto miedo que le has querido pasar la pelota a otros. Voy a disfrutar mucho contigo.

Prepárate, ¡El juego comienza ya!».

¿Quién sería el gracioso que le enviaba ese tipo de mensajes? Cómo podía haber dado respuesta a su pregunta si la había pronunciado de viva voz. Mira a los lados a ver si es alguien que está cerca mirándolo y riéndose de él. No hay nadie lo suficientemente cerca para que pueda haber oído su voz cuando lo dijo.

No quiere creerlo, ni siquiera pensar en ello, pero el temor comienza a circular por sus venas. ¿Será verdad? ¿Será solo una broma de mal gusto?



Cuando llega a casa su madre ha dejado la comida preparada sobre la mesa y se marcha corriendo porque llega tarde. Como siempre, va corriendo a todos lados, da igual dónde vaya. Le da un beso en la frente y sale como alma de que lleva el diablo.

Álex se sienta tranquilamente a comer su filete muy hecho con puré de patatas. Tiene apetito. En poco tiempo dará buena cuenta de su plato de comida.

Mientras traga el pedazo que tiene en la boca escucha; «Bip-bip».

Saca de su mochila el teléfono. Mira en la pantalla y no ve ningún mensaje nuevo.

No le da mayor importancia y coge de nuevo los cubiertos para continuar con su comida. Al ir a cortar un trozo de carne, nota que el montón del puré de patatas empieza a moverse. “Bluf...bluf”...se oye un sonido sordo y hueco que sale del amasijo blanquecino. Deja de comer y permanece pendiente al sonido. Expectante. Tras uno de esos ruidos se abre un agujero en el puré. De allí sale una cucaracha que comienza a corretear por el plato de comida.

Sobresaltado y con arcadas, escupe el trozo de carne que tenía en la boca y chilla tirando los cubiertos al suelo.

Al oír el sonido metálico del tenedor y el cuchillo al caer al suelo, y los alaridos de su hijo, el padre corre hacia allí.

Álex le cuenta lo que le ha pasado y el padre hace gala de valentía y va a ver el plato de comida, intentando que no se le note la cara de aprensión. Cuando llega no ve ni rastro de ningún bicho, ni siquiera hay ninguna cavidad en el puré que pueda haber dejado salir ningún insecto. No ve nada de nada..

Ya no tiene apetito. Con el susto y el asco sabe que si mete cualquier cosa en su estómago terminará saliendo por su boca como si fuera un volcán en erupción. Mejor ya comerá más tarde... o no... qué más da.

Además debe marcharse a natación. Es un buen nadador y participa en las competiciones provinciales dentro de poco. Debe entrenar con el equipo si tiene intención de ganar alguna medalla.

Sumergido en el agua de la piscina cubierta del centro deportivo se siente bien flotando en el tibio líquido. Lleva su gorro y sus gafas para protegerse del cloro. Comienza dando brazadas lentamente para más tarde ir cogiendo velocidad. El entrenador le ha dicho que hoy debe hacer tantos “largos” como pueda, para medir el aguante que tiene.



Cuando lleva cuatro largos, más o menos, nota una sombra que se mueve por debajo de él. En el fondo de la piscina. Se mueve rápida y sinuosamente.

Asustado se detiene y saca la cabeza intentando encontrar qué es lo que ha pasado por debajo de él en la piscina. Mira a un lado y a otro, pero no logra ver ninguna sombra, ni nada por el estilo.

Los compañeros que esperan su turno a zambullirse en el agua, lo ven detenerse y buscar algo.

— ¿Has perdido algo?—Le pregunta un compañero pensando que ha perdido las gafas, o tal vez un tapón de los oídos.

— No, me ha parecido ver algo bucear en la piscina. Ha pasado por debajo de mí — responde intentando que en su voz no se note que está asustado.

— A ver si vas a encontrar una sirena... ¡Pringao!— suelta un gracioso provocando las carcajadas del resto de los compañeros.

Sonrojado Álex agacha la cabeza, pero escucha muy cerca un sonido que ya le es demasiado familiar y escalofriante...bip-bip...bip-bip... No sabe de dónde sale.

El entrenador lo increpa para que se deje de tonterías y que se ponga a entrenar que está perdiendo el tiempo.

Retoma su entrenamiento. Pero está alerta. Su instinto le dice que tenga precaución. Da brazadas, cogiendo el ritmo fluido, con seguridad.

De repente una sombra se dirige hacia él, rápida, serpenteante... colérica.

Entre las burbujas del agua logra ver la cara de un viejo reptil con cola de pez que abre la boca con unos afilados dientes mugrientos y verdosos. Le atrapa y lo hunde arrastrándolo al fondo de la piscina. Aunque intenta zafarse, no le es posible. Ni siquiera tiene tiempo de gritar.

Siente que su fin está cerca y se deja ir...

Por suerte alguien lo ha visto hundirse y avisa al entrenador que velozmente se tira a la piscina y logra sacarlo aturdido, pero al fin y al cabo, con vida.

Cuando le preguntan qué le ha ocurrido menciona, muy a la ligera, que le ha dado la sensación de que algo lo ha arrastrado al fondo, pero que no sabe qué.

Ya se han guaseado bastante de él, y no quiere que continúen con las bromitas el resto de su vida en el instituto. Nadie ha visto aquel ser malévo-





HOLA. SOY BOB.

lo que ha intentado ahogarlo. Y sería el hazmerreír... mejor no decir nada sobre ese tema.

El entrenador piensa que lo que realmente le ha sucedido es, que tal vez, le haya dado un calambre en una pierna y eso le ha producido la sensación de que alguien le sujetaba con fuerza.

Pero él sabe que no ha sido así. Ha visto aquel monstruo que lo ha agarrado, sujetándolo con fuerza para que no escapara. Álex sabe que hizo un esfuerzo por soltarse de su captor, pero que no fue posible. Aun así, decide callar. Al fin y al cabo ¿quién iba a creerlo?

Al llegar a casa sigue entumecido y aturdido. Pero sobre todo, atemorizado. No ha terminado el “día del maleficio de Bob”. Quedan demasiadas horas. Y lo que es peor... queda una larga noche por delante. No sabe cómo iba a afrontarla. Ni si sobrevivirá a aquella maldición.

Su cabeza no para de buscar posibles soluciones para deshacerse de esta situación. Pero, la verdad, todo le parece descabellado y totalmente absurdo. Está viviendo una pesadilla de la que no sabe cómo escapar. Tiene la sensación de que está volviéndose loco. Su cabeza palpita casi con más fuerza y rapidez que su corazón. Parece que vaya a estallar en cualquier momento.



Sus padres, preocupados, intentan hablar con él. Pero Álex no quiere dar explicaciones. Ya había tenido bastante con el bicho del puré de patatas. Si encima les cuenta lo de la piscina... uff... de ahí al psiquiatra. Eso seguro.

Así que se limita a reconocer que, tal vez, tiene mucho estrés con el instituto, la competición, en fin... busca las excusas que se le ocurren para evitar que sus padres le den más vueltas al tema.

De todas formas sabe que tras esos incidentes sus padres estarán alerta vigilándolo para ver que tal come, o cómo duerme. Pero, seguramente, a hurtadillas le registrarán sus cosas y hablarán con sus amistades para ver si consume algún tipo de droga o alcohol. Incluso el ordenador y su móvil pasarán por el control para ver si hay algo extraño que cause ese comportamiento.

No quiere pensar más en ello y se limita a comer con desgana un bocadillo que le prepara su madre. Por si acaso no mira ni lo que come. No quiere encontrarse con algún “visitante misterioso” y tener que volver a dar explicaciones ilógicas a nadie más. Traga con alguna dificultad. Y cuando termina sube a su cuarto a dormir, diciendo que no se encuentra demasiado bien y que está cansado.



Sus padres dan el visto bueno. Y con un beso se despiden de él. Notan que el susto de la piscina le ha afectado. Aunque seguramente no saben hasta qué punto.

Sube a su cuarto y después de asearse, se pone el pijama. Se da cuenta de que realmente está agotado, más que cualquier otro día.

No tiene ganas ni de escuchar música. Y mucho menos de coger el móvil. Lo mira de reojo, incluso lo aleja con la mano en la mesilla de noche. Quién lo iba a decir... lleva horas sin usarlo. Con un poco de suerte, en cuanto amanezca, podrá volver a usarlo como de costumbre. Mientras tanto, lo mejor será mantenerlo a distancia. Y sobre todo... apagado.

Es demasiado temprano para dormir y decide terminar alguna de las tareas pendientes. Eso le vendrá bien para tener la cabeza entretenida. Pero sobre todo, le ayudará, con suerte, a pasar una horita o quizás dos, antes de entrar en la cama. Le aterra tener que enfrentarse a lo que pueda pasar en la soledad de la noche.

Organiza un poco el escritorio, y enciende un flexo para poder ver mejor mientras hace los ejercicios de matemáticas. Como siempre saca los libros y cuadernos que va a necesitar, y el resto de material lo deja en la mochila. Si no es necesario...





HOLA. SOY BOB.

Durante unos minutos está bastante concentrado. Parece que todo va sobre ruedas. No se le dan mal los números. No es de los que sacan sobresaliente, pero al menos aprueba la asignatura, cosa que muchos de su clase no pueden hacer, ni por asomo.

Se le están dando bien los ejercicios. Ahora solo le falta comprobar si las operaciones están bien hechas. Así que alarga su mano para sacar de la mochila la calculadora científica y dejar zanjadas las tareas del instituto.

Mientras mete sin mirar la mano entre los libros se escucha un bip-bip. Por inercia gira la cabeza hacia la mesita de noche donde descansa, supuestamente apagado, su teléfono móvil.

Es demasiado tarde, su mano está sujeta por algo dentro de la mochila. Intenta soltarse, pero por más que forcejea, no lo consigue. Ni siquiera puede ver qué es lo que le tiene cogida la mano. Pero nota cómo unas garras afiladas penetran en su piel y la rasgan.

Él tira y tira, pero cuanto más lo intenta las zarpas se hunden cada vez más en sus carnes. Nota que la sangre brota de esas heridas.

Está aterrado. Se levanta de su silla giratoria para poder dar más impulso a sus esfuerzos por librar la mano de su cautiverio. Lo único que consigue es que la mochila caiga al suelo y él vaya detrás arrastrado por la fuerza de ese “algo” que lo sujeta desde dentro de la mochila.



Ni siquiera le sale un grito. Solo se oyen sus jadeos por el esfuerzo de liberarse.

Pasa rápidamente por su mente la imagen del viejo reptil de la piscina. Eso hace que un escalofrío corra por su tensa espalda. Está sudando por el esfuerzo. Necesita poner todas sus fuerzas y empeño. Ahora no lo está viendo nadie. En la piscina tuvo suerte de que el entrenador se tirases para sacarlo. En este momento no hay nadie, salvo él y la “cosa” que lo tiene agarrado.

Siente que lo que hay dentro de la mochila tira con más energía introduciendo su brazo casi al completo dentro. Grita con todas sus fuerzas. Ya no hay escapatoria...

De repente. Todo cesa.

Su mano queda liberada. La lleva hacia su pecho y se encoge en un rincón de la habitación como intentando protegerse de “algo”. Pero no ve nada. Su cuerpo da pequeñas sacudidas. Se da cuenta de que está sollozando y casi sin resuello. Se mira la mano para ver las heridas y no ve ni un rasguño. Nada que pueda indicar que hace unos instantes ha estado sujeto por unas garras. ¿Se estará volviendo loco?

En el suelo está la mochila con los libros y cuadernos desparramados al rededor. Nada se mueve. No se escucha nada.



Cuando consigue calmarse enciende todas las luces y ayudado por una percha del armario abre la mochila para asegurarse de que lo que le ha agarrado ya no está. No lo ha visto salir, pero confía en que ya no esté allí.

Para asegurarse mejor deja caer al suelo todo lo que contiene la bolsa. Ve que está totalmente vacía. Así que vuelve a meter todas las cosas dentro y la cierra... por precaución. No tiene ninguna intención de volverla a abrir esa noche. Ya tendrá tiempo de abrirla cuando sea de día, si tenía suerte de sobrevivir...claro está.

Intenta serenarse. Pero está demasiado tenso con lo que le ha sucedido. Así es imposible que pudiera conciliar el sueño. Enciende un pequeño equipo de música y se pone unos cascos para escuchar un par de canciones. En otra ocasión hubiera puesto la música en el móvil, pero tiene muy, pero que muy claro que no va a encenderlo.

Con los cascos puestos se siente indefenso al no poder escuchar lo que pasa en la habitación, aunque en ese momento no se escuche nada. Las veces anteriores, antes de suceder algo había escuchado el sonido característico de recibir un mensaje. Si lleva los auriculares puestos posiblemente no se entere.



Se mete en la cama. No cree que pueda dormir. Está demasiado nervioso con todo lo que ha sucedido durante el día y en las pocas horas que han pasado desde que anocheció.

Hace un pequeño balance de lo que ha vivido. Todo es tan extraño. Desde los mensajes: el bicho, la mochila, pero sobre todo el terror que había pasado en la piscina. En ese momento llegó a temer realmente por su vida.

Había sido todo tan real. Recuerda incluso las zarpas del reptil acuático sujetándolo con fuerza para llevarlo a la profundidad de la piscina. O las laceraciones en su piel cuando intentaba sacar la mano de la mochila. Al menos, lo de la piscina, alguien lo había visto y más o menos podía considerarse real. Pero lo que acababa de pasar en su cuarto, nadie lo iba a creer. Ni siquiera él sabía si creerlo. Ni siquiera había quedado un arañazo en su mano. No comprende nada.

Por un momento intenta ponerse en el lugar de sus compañeros del equipo. Si hubiese sido él el que estaba fuera del agua, posiblemente también se hubiera reído de la situación. Pero no había estado fuera, sino que lo había vivido en sus propias carnes, hasta el punto que pensó que ya no iba a contarlo.

Logra tranquilizarse un poco. Pero en su mente siguen calientes las ascuas incandescentes del terror. Sabe que aunque consiga quedarse dormi-

do no descansará, estará alerta a cualquier ruido, a cualquier sensación de que alguien esté cerca.

Con la puerta cerrada de su habitación no se escucha nada fuera de las paredes del cuarto. Parece todo en calma. Ojalá pudiese él estar tan calmado.

Apaga las luces y se sumerge entre la ropa de cama para envolverse en su calidez. Cierra los ojos. Y de repente se escucha un sonido que retumba en sus oídos haciendo que se levante de la cama de un salto. Un tremendo alarido escapó por su garganta.

Bip-bip.

¡No puede ser! Enciende las luces. Instintivamente mira el teléfono... sigue apagado. ¿Cómo puede sonar el aviso de un mensaje?

No entiende nada.

Siente que la sangre corre frenéticamente por sus venas con la intención de buscar un sitio por donde escapar.

Da un vistazo rápido por la habitación buscando cualquier cosa fuera de lo normal. No ve nada inusual. Y si es así, ¿por qué no puede calmarse?



Al escuchar el grito y ver las luces encendidas, la madre, que en ese momento iba a acostar a su hermana pequeña, entra en la habitación para ver qué sucede.

— ¿Qué te pasa?

— Nada — contesta Álex —. He debido soñar con lo que me ha sucedido en la piscina. Pero no te preocupes mamá.

Mientras hablan, la niña mira por la habitación sin soltar la mano de su madre apretándola con fuerza. Nota la presencia de algo inquietante. Temerosa, sujeta contra su cuerpecito la muñeca que lleva en la otra mano.

La madre no parece darse cuenta de la actitud de la niña, está atenta escuchando y tranquilizando a su hijo.

Álex sí advierte este detalle de su hermana pequeña, pero no quiere hacer ningún comentario. Si su hermana lo nota, es que allí hay algo. No es el único que presiente que está pasando algo raro.

— No me dejéis solo, por favor — insiste el chico.

— ¡Vamos! —Le indica su madre. — Eres ya mayor para estas cosas. Y vas a terminar asustando a tu hermana. Ahora estás cansado, pero mañana lo mirarás todo con otros ojos, ya lo verás...



Y diciendo esto le da un beso en la frente y se marcha con la niña, apagando las luces a su salida. Su hermana le dirige en silencio una mirada de terror cuando sale del cuarto arrastrada por su madre.

Sólo queda encendida la luz de una lámpara pequeña que hay en un rincón, y que por alguna extraña razón su madre no ha apagado.

¡Mejor! Así, si Bob viene a por él, al menos podrá verlo llegar. Ni por un momento se le pasa por la cabeza la idea de apagarla. Se siente indefenso en la oscuridad.

Tarda en quedarse dormido. Pero al final sus ojos terminan por ceder al cansancio de un día que le ha parecido más largo de lo habitual.

El sonido de un golpe seco y brusco lo saca súbitamente de su descanso. Algo ha aporreado el cristal de la ventana. No se ha roto. Al menos no se ve el brillo de ningún cristal en el suelo.

Asustado se incorpora para ir a ver qué ha sucedido. Sabe que solo está él. No puede contar con sus padres, y mucho menos con su hermana. Debe solucionarlo él mismo.

En cuanto su pie descalzo toca el suelo, se escucha... Bip-bip... el sonido retumba en la habitación en penumbras. Hace un esfuerzo por no mirar siquiera el teléfono, intenta ignorarlo. No lo toca, pero le dirige una mirada



a hurtadillas para cerciorarse de que no tiene ninguna luz encendida y de que sigue apagado.

Se acerca a la ventana y ve que no había bajado la persiana. La luz de la farola de la calle da un brillo color ámbar en el alfeizar. En él descansa muerto un pajarito que, a buen seguro, ha chocado contra el cristal de la ventana. Despacio se acerca rozando su nariz con el frío vidrio para ver mejor al pájaro.

En ese instante un oso de peluche se abalanza contra su cara chocando con el cristal como antes lo había hecho el pequeño pájaro inerte.

Aterrorizado, da un respingo hacia atrás en un intento de esquivarlo. Corre hacia la puerta de la habitación para tratar de huir, salir de la habitación, pero la puerta no se abre. Por más que mueve la manilla y da empujones para abrirla, no consigue que se mueva. No hay cerrojo en la puerta, ni por dentro, ni por fuera. Así que es imposible que su madre lo haya encerrado, y él, dada la situación, es lo único que no habría hecho: pasar el cerrojo.

La puerta continúa sin ceder. Intenta desatranclarla empujando hacia afuera, hacia adentro... pero la puerta permanece fija.

Cuando se rinde en su esfuerzo mira la ventana, pegando su espalda a la puerta cerrada del dormitorio. Tal vez, piensa que es lo más lejos que puede



estar de la zona de peligro. Si pudiera, se convertiría en humo para escapar por la rendija de abajo, pero no puede salir de allí. Está allí con Bob...

Su corazón late con fuerza.

Su cuerpo tiembla de pánico.

Tras el cristal no se ve ni rastro del oso de peluche con un botón rojo por ojo. El pájaro que hace unos instantes estaba inmóvil también ha desaparecido. No hay rastro ni del uno ni del otro.

Lejos de tranquilizarlo se altera mucho más. El no ver al oso de peluche le da verdadero pavor, aunque verlo no es que sea precisamente de su agrado. Es la causa de que su vida se haya convertido en una auténtica pesadilla. Es el que le ha enviado la maldición y el que se está encargando de llevarla a cabo, con la ayuda del reptil acuático.

En ese instante piensa qué puede haber causado realmente que el oso decidiera enviarle a él la maldición. A fin de cuentas había procedido a reenviar el mensaje tal y como pedía.

Por más vueltas que le da, no encuentra ninguna razón lógica para que Bob la haya tomado con él. Más bien, da la sensación de que lo único que busca es pasar un buen rato a costa de meterle miedo en el cuerpo.



Y si es eso lo que realmente quiere, desde luego... lo está consiguiendo. Álex piensa que ya no le cabe más miedo en el cuerpo.

Mira el reloj... la 1:30h... Esto no ha hecho más que empezar. Quedan demasiadas horas aún. No quiere ni imaginar qué tendrá que soportar en ese tiempo. Ya no tiene fuerzas. Las ha sacado todas en su lucha con la “cosa” que lo sujetaba dentro de la mochila. Está desfallecido, pero tiene tanto miedo en las venas que va a ser imposible que descanse algo esta noche.

Sigue temblando y su cuerpo está empapado en sudor. Piensa que, tal vez, estará más resguardado bajo las mantas, en la cama, y se zambulle de un salto rápidamente. No puede hacer otra cosa salvo esperar a que se terminen de desarrollar los acontecimientos. Está claro que él no es el que decide... sino el que lo sufre.

Tras unos minutos sin que ocurra nada, la curiosidad (o la ansiedad, no sabe bien...) le hace asomarse por encima de la ropa de cama. Sólo saca de su refugio la parte superior de la cabeza y, claro está, sus ojos para poder ver si algo sucede.

Oye otro Bip-bip. Ya sabe que cuando se escucha ese sonido algo nuevo y horroroso está a punto de suceder. Así que permanece en silencio, tiritando de frío por el sudor que le produce el miedo.

Y aguarda...

No tarda en suceder.

Un bulto sinuoso ha entrado entre la ropa de cama por la zona de los pies. Se mueve entre las mantas haciendo solo un ruido leve del rozar con las sábanas. “Sieek...sieek...” Y avanza arrastrándose lentamente. Se dirige hacia donde está él. Despacio, muy despacio... casi a cámara lenta.

Ve al bulto deslizarse con el temor de que en cualquier instante llegue hasta donde él está y ese ser malévolo que ya lo ha agarrado varias veces lo vuelva a coger y esta vez no haya escapatoria.

Recuerda por un momento que la puerta está cerrada. No había podido desatrancharla por más que se había esforzado. Y al final había desistido con la esperanza de que se abriera en cuanto todo esto hubiese terminado. En cuanto hubiese sobrevivido “al día de la maldición de Bob”.

Encoge todo su cuerpo formando un ovillo, alejándose lo más que puede de eso que se acerca cada vez más a él. Es incapaz de saltar de la cama. Solo permanece agazapado... esperando el desenlace final. Ya no le quedan fuerzas...

El bulto se detiene justo a su lado. Inmóvil...



Si estirase la mano solo un poco, podría tocarlo, pero no lo hace. Continúa encogido e intentando que no lo vea, que no lo encuentre.

Pasan unos segundos que le parecieron eternos.

Se arma de valor y agarra las mantas para dar un zarpazo veloz y dejar a la vista lo que hay dentro de la cama. Da un tirón rápido y firme.

Al mismo tiempo siente que algo lo agarra por el brazo tal y como había sentido en el agua la mano del monstruo acuático. No sabe si es una garra, una boca, o tal vez un tentáculo. Se estremece al pensar que ya lo tiene atrapado. Es la hora... No ha conseguido sobrevivir al “día de la maldición de Bob”.

Chilla. Se sacude presa del pánico... No quiere volver a pasar por lo mismo.

Las luces del cuarto se encienden bruscamente. Su padre lo mira sorprendido al oírlo chillar.

Le explica que el despertador llevaba un buen rato sonando: bip-bip..., bip-bip... bip-bip... Y que seguía dormido como un “ceporro”. Ha entrado a despertarlo para que no llegue tarde a clase. Estaba tan profundamente dormido que por mucho que lo zarandeaba no conseguía despertarlo.

Uff... todo ha sido una pesadilla. Un mal sueño que por fin ha acabado. ¡Menos mal! Respira profundamente tranquilizándose.

Desayuna rápidamente, va con retraso y si no acelera llegará tarde a la clase de primera hora. Coge un bocadillo para el almuerzo de media mañana. Se pone a la espalda la mochila con los libros y los cuadernos. Sí, esa que tanto trastorno le causó durante la noche, y que aún no ha olvidado.

Enciende el teléfono móvil con algo de duda, pero ve que no tiene ningún mensaje nuevo. ¡Vaya tranquilidad! Nunca habría imaginado el placer que le iba a causar ver que nadie le enviaba ningún mensaje. Ni conocido, ni desconocido...

Como todas las mañanas su padre lo deja en el instituto de camino al trabajo.

De repente...bip-bip...un sonido que sale de su bolsillo le indica que le ha llegado un mensaje al teléfono.

Por un instante se queda parado... no, otra vez no... Tiene dudas de mirarlo o no. Pero recuerda que todo ha sido un sueño, un mal sueño. Será alguno de sus amigos que le estará enviando algún video gracioso, o algún comentario de alguien del instituto.



La verdad después de tanto estrés, le apetece echarse unas risas. No estaría nada mal...

Mira. En la pantalla hay un único mensaje:

«Hola. Soy Bob.»



Natividad Poveda Vidal

Nacida en Monóvar (Alicante), reside actualmente en La Aguilera (Burgos). Desde muy pequeña le ha gustado leer y escribir cuentos e historias. Recientemente ha retomado la escritura con la intención de ir dedicándole cada vez más tiempo.



Álvaro Pedraz Cuesta

Ilustrador por momentos; sociólogo por la Complutense; crítico de cine por los "portales"; administrativo por la Diputación de León; loco por el cómic, la novela negra y el cine clásico. Y entre todas mis vidas no sé si escojo la del pirata cojo...



universidad
de león

■ Área de Publicaciones

ISBN: 978-84-9773-924-5



9 788497 739245